

**“Lo único que para el hombre es real, verdadera y esencialmente provechoso es lo que lo conmueve a través del corazón, la mente y la mano: las fuerzas propias de la naturaleza humana.”**



## 7 La famosa tríade

Del gran filósofo suizo de renombre mundial, Johann Heinrich Pestalozzi, se conocen aquí, en su país natal, principalmente dos cosas. La primera, que era un altruista ingénuo (a tal punto, que la expresión: “yo no soy un Pestalozzi” es muy usual en suizo alemán) y la segunda, que el filósofo se la pasaba murmurando: “mente, corazón y mano”.

Dejemos las bromas de lado. En verdad, Pestalozzi se refiere a esa famosa tríade cuando escribe sobre el ser humano, su potencial, su formación y educación. La encontramos citada centenares de veces en sus escritos y también en otros contextos que estructuran su reflexión. Pero no siempre utiliza las mismas palabras sino que varía las expresiones para no privar sus propósitos de claridad. En los cuarenta y cinco tomos de sus escritos, la secuencia exacta de las palabras “mente, corazón y mano”, se encuentra sólo en un sitio, es decir, en su controversia con el pastor prusiano de gran influencia, Karl Heinrich Gottfried Witte. El pastor se preguntaba, si la idea de Pestalozzi acerca de una formación básica era únicamente para los pobres o si era válida para todos los seres humanos. Para Pestalozzi era claro: su “método” servía tanto para los pobres como para los ricos, puesto que concernía la naturaleza humana.

Esta posición le valió muchas críticas dentro de la nobleza. Por un lado, sus detractores le reprochaban que una formación de esa índole iba demasiado lejos para los pobres y que en cambio, para los ricos, no llegaba suficientemente lejos. Al respecto, Pestalozzi replicó indignado: “Y ¿*acaso sería ir demasiado lejos si a los pobres de este país se les pudiese ayudar de manera natural a que logaran ser con la mente, el corazón y la mano lo que son todos los*

*hombres de este país con la mente, el corazón y la mano para Dios, ellos mismos y la patria?”* (Sämtliche Werke. Obras completas 17A, 167). La última frase es particularmente instructiva pues Pestalozzi expone para quién debemos ser unos seres humanos completos: para Dios, nosotros mismos y la patria (o sea, para la sociedad y el estado).

Contemplemos de más cerca la famosa tríade. Como ya se ha dicho, la base de la enseñanza de Pestalozzi consiste en desarrollar las capacidades naturales del niño. Los seres humanos disponemos evidentemente de muchísimas y muy diversas capacidades y habilidades para darle forma a nuestras vidas. Pestalozzi las ordenaba en tres grupos refiriéndose a la clasificación de la vida espiritual que ya existía en la Antigüedad: el pensamiento, la sensibilidad y la voluntad (acción). Simbólicamente esta tríade puede representarse mediante la cabeza, el corazón y la mano.

Lo más sencillo de entender es lo que Pestalozzi designa con la palabra “cabeza”. Pues con ella alude a todas las funciones mentales y espirituales que nos permiten discernir de manera razonada las cosas. A ella pertenecen la percepción, la memoria, la representación, el pensamiento y el lenguaje. Pestalozzi se refiere a menudo a estas capacidades usando las palabras “mente” o “capacidades mentales o intelectuales”

Más complicado es lo que entiende por “corazón”. No se refiere únicamente a los diversos sentimientos que acompañan nuestras percepciones y pensamientos sino, en primer lugar, a los sentimientos básicos y éticos del amor, la creencia, la confianza y la gratitud y luego también a la actividad de la consciencia, la percepción de la belleza y de lo bueno, la orientación según los valores morales. En vez de “corazón” emplea, a menudo, las palabras capacidades “éticas” o “ético-religiosas” básicas.

Muy complejo también es el ámbito que designa con la palabra “mano”. Pestalozzi emplea las expresiones: “capacidades físicas”, “capacidades manuales”, “capacidades artísticas”, “capacidades domésticas” o también “capacidades sociales”. Con la palabra “mano” piensa en la actividad práctica del ser humano en la que la destreza y la fuerza corporal junto con la comprensión y la voluntad se unen para realizar algo fructífero.

Hay que admitir que, desde un punto de vista lógico, esta repartición es problemática. Pestalozzi estaba consciente de ello y por eso aclaró varias veces que, por ejemplo, cada vez que se refería a la “mano”, había que incluir también las capacidades del intelecto. A pesar de todo, Pestalozzi se mantiene fiel a su tríade y deduce de ella dos requisitos básicos: en primer lugar, que

ninguna de estas capacidades debe ser descuidada sino más bien hay que desarrollarlas todas de manera óptima y armoniosa. Y en segundo lugar, que se debe reconocer y aceptar que cada uno de estos grupos de capacidades se desarrolle según sus propias leyes.

Sin embargo, Pestalozzi no atribuye el mismo valor a los tres grupos de capacidades. Real e incondicionalmente valiosas son, a sus ojos, *las capacidades del corazón*. Sólo estas le permiten al ser humano alcanzar su verdadera meta: la humanización. Es cierto que también las capacidades de la cabeza y de la mano deben desarrollarse a lo máximo, pero para nosotros, éstas son tan sólo benéficas en la medida en que al emplearlas nos dejemos guiar por las capacidades del corazón previamente desarrolladas.

Ha llegado el momento de hacer un *paréntesis* esencial: según el tema de este libro debo constantemente hablar de “corazón”, de “capacidades del corazón” y de “educación del corazón”. Pero algo en mí se rebela a hacerlo, pues sé que estas expresiones no son actuales. Como personas “modernas” consideramos que hablar del “corazón” - salvo cuando nos referimos al órgano que bombea nuestra sangre - suena patético, sentimental o hasta cursi. En todo caso no es “científico”. Más aceptable sería hablar de “ámbito emotivo”, o de “funciones emocionales”. Sólo que estas expresiones no abarcan lo mismo. El “corazón” para Pestalozzi cubre ante todo el ámbito moral - o como lo expresa casi siempre: lo “ético”. Pero una vez más, esto no nos avanza mucho, pues se sigue debatiendo en teoría si lo moral se refiere a las reflexiones razonables o a los impulsos del ánimo. Para Pestalozzi no hay duda alguna, la base de la acción moral no es la cabeza sino el corazón.

Para salir de este dilema quiero señalar que cada concepto, ya sea actual o caído en desuso, no es más que un intento para tomar finalmente conciencia del misterio no sondeado de la vida y poder hablar de él. El empleo del lenguaje reposa sobre el acuerdo tácito de que el contenido que formulamos sólo es acequible a los demás, cuando las palabras y las frases que se emplean son capaces de suscitar en el interlocutor imágenes *propias* y una comprensión *propia*. Confiando en que esto sucederá, seguiré empleando las expresiones de Pestalozzi, consciente - no obstante - de los problemas que esto implica.

La exigencia de una formación armoniosa, es decir: que desarrolla los tres grupos de capacidades, es fundamental para el maestro que desea enseñar según Pestalozzi. Es cierto que no es posible referirse todo el tiempo a los tres grupos de capacidades, pues en algunas materias es la “cabeza” y en otras “la mano” las que están en el centro. Pero en todo caso, es deseable,

fundamental y posible, activar también las capacidades del corazón. Todo aquél que sigue con alegría, con interés creciente y entusiasmo las lecciones y que a la vez, respeta a sus compañeros, está “poniendo corazón” en todo lo que realiza. Por ello Pestalozzi predicaba: ¡Hagámos todo con el corazón! *Sólo cuando el maestro y los alumnos enseñan y aprenden con el corazón, se realiza de verdad la formación del ser humano en el sentido de Pestalozzi.*

El “corazón” de Pestalozzi, como ya se ha dicho, no equivale sólo al “sentimiento”. Rabia, cólera, odio, aburrimiento, desgano, dolor, opresión son también sentimientos pero no se incluyen en lo que llamamos “corazón”. Una persona tiene “corazón” cuando, en sus sentimientos, los “sentimientos éticos” como la empatía, el amor, la alegría, la gratitud son los elementos básicos. Por eso, una persona con “corazón” es siempre una buena persona que goza de una vida interior llena y rica. Es alguien sensible, receptivo y bien dispuesto, con sensibilidad para las cosas delicadas y bellas. Es una persona que ama la verdad y por eso no menosprecia en absoluto la claridad de pensamiento. Es una persona con una verdadera sensatez que no se confunde con el frío intelecto.

Las consideraciones de Pestalozzi alientan al maestro a hablarle al “corazón” del alumno. Se puede hablar de un buen comienzo, cuando se logra que el alumno se *sorprenda* una y otra vez. Es cierto que hoy en día, ante la cantidad de imágenes y semiverdades que saturan a los niños, esto puede ser una tarea difícil. Sólo se puede lograr, cuando el maestro no ha perdido esa capacidad de *sorprenderse* y cuando los alumnos lo aprecian como persona. De este modo, los niños pueden llegar a sentir *respeto* ante las cosas realmente grandes y sublimes, y desarrollar una actitud ante la vida que es, al fin de cuentas, la base sobre la que los seres humanos podemos construir una vida común próspera.

Se puede decir que el “corazón” participa cuando los alumnos trabajan con *alegría* de verdad. La enseñanza no es simplemente un oficio, es también un arte. Si un maestro lo domina, enseñará con alegría y logrará motivar a los alumnos para aprender con entusiasmo. Esto acontece cuando los alumnos *alcanzan sus metas* y así *perciben verdaderamente sus propias capacidades*. Esto sólo es posible cuando se sienten *considerados y apreciados* por el maestro y por sus compañeros de estudio. En toda la comunicación entre el maestro y los alumnos es necesario que las palabras, “eres bueno” , “tú puedes lograrlo”, “nos alegramos todos cuando te esmeras y tienes éxito” resuenen como un bajo continuo. Una atmósfera de fondo de esta índole se opone al

ambiente de agresividad que lamentablemente existe entre los alumnos y el maestro y que es consecuencia de una falta de respeto mutuo.

En todo lo que sucede en la escuela, siempre debe de haber sitio para lo *hermoso* y los alumnos deben poder percibirlo. Una enseñanza que se hace con el “corazón” que transmite respeto, alegría, amistad y belleza, logra despertar en los alumnos el *amor por lo que realizan* y también *el amor a la vida*.

Para la enseñanza, el propósito de formar todas las capacidades con armonía y de privilegiar las capacidades del corazón, tiene amplias consecuencias. Siempre que logramos acercarnos al ideal de Pestalozzi, surge en la clase lo que se designa justamente con la palabra *vivencia*. Si se alcanza, se aprende con verdadero interés. El alumno no se esmera solamente para tener una buena nota, sino que emplea la cabeza, el corazón y la mano en la realización de su tarea. El camino que conlleva al aprendizaje deja de percibirse como algo fastidioso, para verse justamente como cautivador y gratificante. Los alumnos trabajan con dedicación y de manera comprometida y esos molestos conflictos entre compañeros de estudio o entre el maestro y sus alumnos - que resurgen de vez en cuando y que perturban la clase cuando la enseñanza no toma en consideración su naturaleza - desaparecen casi por completo.